

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

La Novela Semanal Cinematográfica



**Torrentes
humanos**

por
Mary Duncan
Charles Farrow

50 cts.

TORRENTES HUMANOS

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAZONE

Paseo de la Paz, 18 bis - BARCELONA - TEL. 18861



Torrentes humanos

Asunto dramático

Interpretado por

MARY DUNCAN y CHARLES FARRELL



Es un Film

GIGANTE FOX

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Torrentes humanos

Argumento de la película

Un río es como el amor, que purifica cuanto toca.

La fuente de donde nace se halla en las montañas, en las altas cumbres casi inaccesibles.

Y como en el amor, en el río corren corrientes impetuosas. Y hay remolinos y torrentes desbordados que saltan por entre las peñas e irrumpen, feroces, con la desolación del dolor... Pero también tiene rincones de profundo silencio, remansos de quietud y de paz, dulces paraísos de élgica.

Finalmente, el río, cumplida su misión, como la vida, mezcla de caminos de mares de arenas y de siniestras corrientes donde parecen las más firmes energías, va a entregarse por entero al

mar, fundiéndose en él, desapareciendo su personalidad para mezclarse en las aguas reunidas y eternas... El mar, imagen, en este caso, de la muerte...



Cerca de un río, espejo y ritmo del vivir, moraba el joven protagonista de nuestra historia.

Se llamaba Al Pender, y era apenas un muchacho de diez y ocho años, casi imberbe, de cuyo rostro no había desaparecido todavía la alegre frescura de la niñez. Era un bello adolescente con la sonrisa graciosa de un Apolo. A veces parecía un verdadero niño y choraba verle acarrear, con hercúleo vigor, los troncos cortados de los árboles del bosque.

Traficaba, como sus otros compañeros habitantes en las barracas de aquella región forestal de Norte América, en maderas, vendiéndolas a Compañías poderosas que cerca de allí tenían establecidos sus grandes almacenes.

Todo el mundo realizaba allí aquel oficio, pues, aparte de la caza, no había medio de ganarse la vida en aquel lugar. Los árboles no se acababan nunca y cada árbol significaba un trozo de pan...

Al no hacía más que seguir el mismo oficio de sus padres. Estos habían muerto unos años antes, y el pobre muchacho, niño aún, tuvo ya que luchar para ganarse el sustento. Lo había conseguido, porque era un temple de hierro que no retrocedía ante las dificultades, y sus brazos se hinchaban poderosos bajo el repetido ejercicio del leñador.

Sin embargo, Al Pender no estaba contento de su suerte... Un día sintió en el alma una sensación inexplicable que le forzaba a mirar con los ojos inmensamente abiertos a la lejanía con un ansia de agujerear el misterio de lo desconocido.

¿Qué había más allá? ¿Que perspectivas, qué panoramas se levantarían a aquella distancia? Y como nuevo Ícaro, hubiera deseado volar, pegándose unas ligeras alas para lanzarse al infinito.

El muchacho, en su ruda ignorancia, desconocía el fin del mitológico personaje, a quien bajo el tibio calor del sol fundiósele la cera con que se había pegado las alas, mientras volaba por el reverberante mar Egeo.

Sólo deseaba, con el ansia de todos los adolescentes, ver mundos nuevos y presentidos, en

los que hubiera rosas hermosas con que alegrar la imaginación y vivir lleno de riquezas.

No concretaba, con la superficialidad de sus pocos años, qué cosas eran aquellas que excitaban su corazón y lo hacían latir aceleradamente. Todo él era ingenuo, virginal, con la casta sobriedad del hombre fuerte y solitario a quien todavía no preocupó la visión de la feminidad.

Lo primero que hizo para dar sensación de realidad a sus ansias ambiciosas, fué construirse una barca con la que poder surcar el río y bajar a lejanas tierras.

Mucho tiempo le ocupó esta labor en la que puso toda su fe de mozo que sueña en las emociones de la quimera.

Un viejo tralujador que vivía en una barraca cercana a la de Al, viendo la embarcación que había construido, le dijo con bondadosa y paternal sonrisa:

—¡Bonita barca te has hecho, Al!

—¡Ya la he terminado por completo y voy a botarla al agua ahora mismo!

—¿Y qué piensas hacer con ella? Aquí, para el trabajo, no la necesitarás.

—Algún día había de lanzarme río abajo.

El anciano cerró los ojos en actitud de meditación. Luego dijo:

—Es verdad. Todos tenemos que seguir la corriente hasta el mar, aprendiendo a conocer la vida. Se tropieza con caídas, remolinos... y con mujeres...

Al le miró con cierta vaga extrañeza, como si comprendiera confusamente las ideas que encerraban aquellas palabras... Sacudió la hermosa cabeza de sonrisa de niño y respondió:

—Pues yo no le tengo miedo a nada... Y mañana he de emprender la marcha.

—Bien está que pienses así... Ahora eres joven y valeroso... Es el momento oportuno para lanzarte a vivir.

Y fué a la mañana siguiente cuando Al Pender, metiéndose dentro de la embarcación que se había construido con tanto amor, lanzóse río abajo, en busca de otras tierras donde la vida fuera más amplia y más dilatados los horizontes, donde pudiera leerse en el libro que lleva por nombre Aventura, Ambición.

Recorrió muchas millas, impulsado suavemente por un viento favorable.

Llegó por fin cerca de un caserío habitado por los hombres que trabajaban en una cercana presa.

Detúvose al ver mucha gente que se arremolinaba ante una de las casas para contemplar con curiosidad lo que ocurría en el interior.

Aquella multitud daba muestras de agitación de sorpresa... Deseoso de saber lo que sucedía allí, Al saltó de la barca y se encaminó a reunirse con los grupos.

No pudo divisar lo que sucedía dentro de la casa y que daba lugar a los comentarios en voz baja de la gente. Pero por el aspecto de todos, por la emoción que parecía reflejarse en todos los semblantes, comprendió Al que la cosa tenía gravedad.

Acercóse a una mujer anciana y a un hombre alto, fornido y rudo. Preguntó a éste con el impulso natural de saber:

—¿Qué ha pasado aquí?

El hombrerón movió los hombros con indiferencia e hizo varias muecas incomprensibles.

—No entiendo... ¿Quiere usted decirme lo que sucede?—repitió Al.

Pero, por toda respuesta, obtuvo iguales y extraños movimientos por parte de aquel sujeto que no articulaba una palabra.

Comprendiendo que no había manera de arrancarle ninguna declaración, preguntó entonces a la anciana:

—¿Me quiere usted dar alguna noticia de lo que ha pasado?

—Han venido unos guardias a prender a Marsdon, el capataz, por haber dado muerte a uno de los ingenieros de la presa—respondió.

—¡Demonio!

En aquel instante, ensancharonse los grupos y apareció en el umbral de la puerta, maniatado y entre dos agentes de policía, el capataz Marsdon.

Era hombre de aspecto feroz, repulsivo... Todo en él parecía respirar brutalidad y vicio. En sus ojos estaba retratado un espíritu de aventurero.

El hombre que había hecho gestos incoherentes al preguntarle Al, pareció dar ahora muestras de gran alegría al ver aparecer al criminal.

Sorprendido por aquella actitud, Al preguntó a la mujer:

—Pero, ¿por qué se alegra este hombre?

—Sus razones tiene... Mi hijo Sam—y señaló al fornido sujeto—es sordomudo y Marsdon fué siempre muy cruel para con él... como para con todos.

—¡Ah!

—No le quiso admitir nunca en la presa...

Marsdon es un mal hombre, lo ha sido siempre. Pero ahora las pagará todas de una vez.

Fijóse entonces Al en que los obreros contemplaban con cierta repugnancia al capataz.

¡Ah, maldito! Sus manos se habían teñido de sangre... La ambición, el ansia de ser más que nadie, de suplantar en su personalidad al ingeniero, le había llevado al crimen.

Apareció de pronto una mujer, de belleza deslumbrante, arrebatadora.

Bien la conocían todas las gentes del caserío. Era Rosalía, la compañera, la "amiga" del capataz.

Con desesperación, la bella joven abrazó a Marsdon y mirándole con sus grandes y hermosos ojos negros, le dijo:

—Te esperaré aquí hasta que salgas libre.

—¡Saldré pronto, te lo juro! —repuso el asesino en voz baja.

—Mi recuerdo no te abandonará.

Uno de los agentes separó a la mujer de los brazos del capataz, diciéndole:

—Vamos, cálmese... No se desespere.

Momentos después se llevaban de allí a Marsdon, quien pasó ante el grupo de obreros contemplándolos con superioridad agresiva, de hombre que desprecia a sus inferiores.

Rosalía marchóse llorando, mientras los obreros, comentando en voz baja aquel acto de tragedia, se reintegraban a sus hogares, teniendo palabras de condenación para el asesino y trases de



—Te esperaré aquí hasta que salgas libre.

simpatía y de emoción para el buen ingeniero muerto que les tratara siempre como un hermano mayor.

Al movía la cabeza, sorprendido por aquellos

acontecimientos. ¡Ah, diablo! Apenas había salido de su refugio entre montañas, cuando encontraba en su camino la maldad... Pero, animado de su espíritu ingenuo, casi infantil, sin dar demasiada importancia a lo que veía, quiso olvidarlo pronto.

—Y tú, ¿de dónde vienes?—le preguntó la madre de Sam.

—De las cumbres... He llegado por el río en busca de nuevos horizontes... Tengo ansias de vivir mucho.

—Eres muy joven.

—Allá arriba me aburría... Pienso irme a la ciudad.

—Hay muchos lobos en la ciudad... y tú pareces muy niño.

—Estoy acostumbrado a ver lobos, y no les temo.

—Bien, muchacho... Pues si en algo podemos servirte, somos los encargados de la cantina de la estación.

—Iré a verles... Tengo mucho apetito y supongo me servirán de comer.

—No te quejarás.

—Vamos allá, pues.

Y desaparecieron los tres en dirección a la cantina, para reponer fuerzas.

Entretanto, Rosalía, en su casa, se había dejado caer en un sillón y contemplaba con melancolía un pequeño cuervo que tenía domesticado, un animal negro y feo de siniestra mirada.



...contemplaba con melancolía un pequeño cuervo...

Era un regalo de Marsdon, y, para Rosalía, parecía ser el símbolo de aquel hombre poderoso, alima también de cuervo, que la dominaba, que mandaba en su vida y a quien ella había acabado por amar.

Miró la jaula de hierro en la que encerraba

todas las noches al animal y lanzó un largo suspiro:

—¡Tras las rejas de una prisión está Maradon... como tú por las noches en esa jaula!

El cuervo lanzó un extraño sonido como si comprendiera sus palabras y se lamentara también de la suerte del amo.

¡Qué solos quedaban Rosalín y él!

* * *

Poco después apareció un aviso participando que se suspendían los trabajos de la presa hasta nueva orden.

El asesinato del ingeniero había obligado a los directores a tomar aquella severa determinación, habiendo contribuido también a ello, por otra parte, la crisis económica que atravesaba la empresa.

Fué irrevocable la resolución de los jefes, y los obreros, que necesitaban ganar dinero para vivir, tuvieron que abandonar inmediatamente el caserío, dirigiéndose hacia otras tierras en busca de trabajo.

No iba a quedar nadie. Con el hatillo al hombro, aquellos pobres esclavos se alejaban de la presa que tan ingrata había resultado para con

ellos. ¿Encontrarían en otro sitio el jornal indispensable?

Melancólicos, en larga fila, atravesaban el puente, hacia el camino que les conduciría a otras explotaciones.

Al deseaba continuar en la barca su ruta hacia la ciudad, siguiendo por el curso del río.

En la ciudad reinaban todas las ambiciones, todos los anhelos que podrían calmar la indefinible sed de la vida juvenil.

Su barca tan ágil, tan esbelta, le llevaría por el río hacia la misma capital. Pero pronto advirtió con pesar que el río era, a medida que avanzaba, tan poco caudaloso, que iba a hacerse imposible todo intento de navegación.

La barca se hundiría en las arenas sin poder proseguir la marcha. Debería pasar algún tiempo antes no recobrar su caudal de agua, alimentada por las lluvias de las cumbres.

¿Qué hacer, pues, en aquella situación?

Tal vez si no se hubiesen interrumpido los trabajos de la presa, habría permanecido allí, buscando algún modo de ganarse la vida, pero estando todo paralizado, comprendió que únicamente la ciudad podía calmar sus afanes. No iba él a ir siguiendo aquella recua de hombres bajo

el duro sol de los campos. No, por fortuna poseía aún algún dinero para resistir.

Y recordando que tenía algunos amigos en la ciudad, muchachos que, procedentes de la región forestal, habían optado por irse a vivir a las grandes capitales del país, no vaciló más y acordó tomar el tren del día siguiente, que cómoda, aunque menos poéticamente, le conduciría a la urbe.

Pasó aquella noche en la presa y a la mañana siguiente se dirigió al río para tomar un baño, desiendo llegar limpio y pulcro a la vida ciudadana. Partiría en el tren de la tarde.

Se bañaba desnudo, en plena soledad, sintiendo el frío contacto de aquellas aguas que le daban una nueva fortaleza.

Junto a la orilla, sentada sobre una roca, se hallaba Rosalía gozando de la serenidad de la mañana y contemplando indiferente el desfile de los últimos trabajadores por el puente, una caravana triste sin cánticos ni risas, atormentada por la incertidumbre del porvenir.

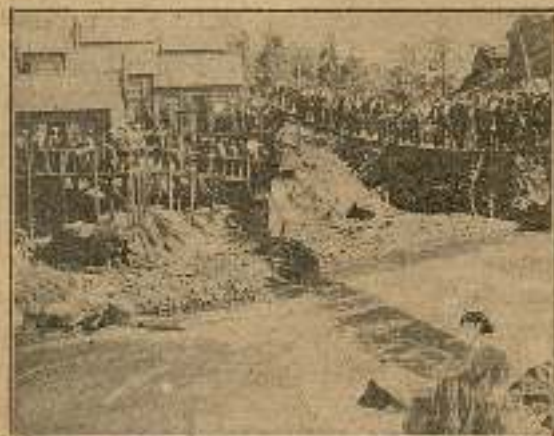
Inconsciente de que le contemplaran, Al seguía nadando, braceando entre las diáfanas aguas.

Rosalía le había visto deslizarse por el río con una agilidad de buen nadador.

No hizo el menor movimiento al contemplarle entre el agua. Por el rostro adivinó que era

un chiquillo, un niño casi, tal vez el hijo de alguno de aquellos obreros que marchaban.

Al buccando ágilmente bajo el agua, emergió de pronto a la superficie, junto precisamente al



Junto a la orilla, sentada sobre una roca...

lugar donde estaba Rosalía sumida en sus cavilaciones.

Lanzó el muchacho una exclamación de asombro, de honda sorpresa al verse sorprendida por aquellos ojos extraños, e instintivamente sintió en su alma de joven el desgarrón del pudor.

Se incorporó colocándose en posición vertical, sobresaliendo únicamente su cabeza, que el rubor había tenido.

Ella le contempló sin inmutarse, como si no diera demasiada importancia a aquel adolescente encantador.

—¿De dónde diablos sale usted?—preguntóle riendo.

—De río arriba—respondió él con una ingenuidad de mozo primitivo.

—¿Muy lejos?

—De las cumbres... Aquella barca es mía—continuó señalando su embarcación—. Yo mismo la construí... En la primavera voy a bajar hasta el mar.

Ella hizo un leve movimiento de hombros, en el que había indiferencia.

—Y entretanto, ¿qué va usted a hacer?

—Esta tarde salgo para la ciudad, a donde voy por la primera vez en mi vida.

—¿Ah!

Le contempló con cierta lástima. ¡Pobre chiquillo! ¡Con qué ilusión hablaba de ver por primera vez la ciudad!... Ella, Rosalía, conocía la mayor parte de las ciudades del mundo.

—Y usted, ¿cuándo sale?—preguntó él con su bondadosa sonrisa de adolescente curioso.

—¡Yo me quedo!—replicó, con severidad.

—Pero, ¿va usted a quedarse aquí sola? ¿No sabe que todos los trabajadores se van?

—Estoy en espera de un amigo—respondió friamente, sin deseos de dar más explicaciones.

Mirando a Rosalía sonrió el alboroado. La envolvió en una mirada de interés y recordó. La había visto el día anterior y en circunstancias bien difíciles.

—¿Ah, sí, ya sé!—dijo—. Está usted esperando a ese Marsdon, que mató a un hombre, ¿verdad?

Levantóse Rosalía, herida por aquellas palabras imprudentes, y contemplando con feroz hostilidad al chiquillo.

Sin decirle una sola palabra, pero con todo el desdén de que es capaz una mujer, le volvió la espalda y alejóse, sin volverse una sola vez, rápida y decidida, ofendida gravemente por las trases del muchacho.

Al quedó desconcertado, siguiendo con los ojos el rumbo de aquella mujer disgustada que se alejaba...

Por primera vez, su alma experimentó una extraña impresión, mezcla de sorpresa y de disgusto.

¿Tanto había ofendido a aquella mujer? Pe-

ra... si al fin y cabo, se murmuraba el ingenuamente, no había dicho más que la verdad... ¿No era cierto que Marsdon había matado al ingeniero? Entonces... ¿por qué enojarse de aquel modo?

[Bah, tonterías]

No quiso pensar más en ello y volviendo a nadar se dirigió hacia la barca, vistiéndose y recobró su carácter campechano y optimista.

[Al diablo con las mujeres disgustadas!]

Amarró bien la barca a la orilla y fijó en aquella un cartel con estas palabras:

Propiedad de Al Pender.

Estaré de regreso en la primavera.

Y se echó a reír... Aquella misma tarde tomaría el tren.

Dirigióse lentamente, por la tarde, hacia la estación.

Mientras caminaba, sintióse, de repente, preocupado por una idea.

Una mujer, un ser humano, se había disgustado con él... No estaba Al acostumbrado a ofender a nadie y para todos tenía la sonrisa característica de la bondad.

Deseó rápidamente congraciarse con aquella mujer... Sí, que le perdonara su torpeza, si torpeza había cometido.

Y en vez de ir por el camino recto, hizo un rodeo para dirigirse a su cabada y darle toda clase de excusas.

Sentía ansias de llegar allí cuanto antes... ¡Qué cosa! Se preguntó, sonriente, sin comprender, por qué causa le preocupaba tanto quedar bien con aquella mujer.

¿Sería acaso por ser la primera mujer que trataba en la vida? ¡Oh, no! Al no pensaba en esas cosas... en las que nunca paró atención.

¡Ah! Como el río se desborda inconsciente de su cauce natural, la vida de él, por primera vez se apartaba del recto camino trazado de antemano. ¿Qué encontraría en su ruta? ¿Mansos arroyuelos... o torrentes?

Al llegar cerca de la casa de Rosalie, vió a ésta que estaba de pie en el umbral como esperando.

Ella sonrió al verle avanzar, pero con una sonrisa de protección, la ternura que puede sentir una mujer por un chiquillo que no perdió aún sus gracias infantiles.

En aquel momento vieron pasar ambos el tren,

que, saliendo de la estación, marchaba con toda rapidez.

El joven volvióse rápidamente y contempló, disgustado, el convoy que se alejaba.

—Perdi el tren—dijo.

Rosalía sonrió de un modo indefinible.

—Pero tomaré el de medianoche.

Se encogió ella de hombros con un gesto de marcada indiferencia. Pero luego, sus ojos se animaron y contemplaron con cierta piedad a aquel chiquillo que marchando a la ciudad conocería pronto los embates de la vida.

Dejó Al su hatillo en el suelo y exclamó con voz atropellada, cual si le resultaran violentas sus palabras:

—Siento mucho haberme expresado como lo hice de Marsdon...

—¡Marsdon es un buen hombre!—exclamó Rosalía con voz enérgica, silbante.

—Sí... sí... lo debe ser... cuando usted lo dice.

Una sonrisa de vencedora se reflejó en las facciones de Rosalía. Aquel chiquillo, de rostro casi imberbe, ya había rectificado sus anteriores palabras y coincidía con su sentir de mujer.

Experimentó por él un sentimiento que igno-

rizba si era piedad o simpatía... Pero algo la atraía hacia aquel mozo.

—Puede usted pasar, si quiere. Podrá descansar un rato—le dijo.

—Gracias... muchas gracias...

No se hizo repetir el ruego... Faltraban aún bastantes horas para que pasase el otro tren... Y volviendo a cargar con su hatillo, Al entró en la casa siguiendo a Rosalía.

Su alma de muchacho que no amó nunca, que ignora casi realmente este sentimiento, sin otros indicios que los de un vago materialismo alimentado en la soledad, pareció llenarse de cierto misterioso perfume de mujer.

¿Qué tenía?

¿Por qué todo le parecía atractivo en aquella casa?

Ella, por su parte, seguía mirándole con su sonrisa de esfingo.

Contempló Al con gran interés el interior de la casa y, de pronto, fijóse en que la mesa estaba puesta con dos cubiertos.

Volvióse hacia Rosalía y la interrogó:

—¿Esperaba usted a alguien?

—No... A usted nada más—respondió envolviéndole en una mirada de misterio.

Turbóse Al y murmuró unas frases...

Ella sonreía, triunfante... No se había equivocado su instinto de mujer. Al verla aquella mañana en el río, distinguió en la mirada del muchacho la luz misteriosa de un vago deseo que ella, conocedora del alma de los hombres, había descubierto.

Estaba segura de que había de venir a su casa y por eso puso el doble cubierto.

Leía en el alma del hombre... como en su propio corazón... Al era casi un niño, pero sus ojos tenían ya un símbolo varonil.

Lo esperaba. Por eso lo aguardó ante la puerta, segura de que había de pasar.

No confesó a Al ninguna de aquellas intenciones, y le dijo muy amablemente:

—Usted se quedará a cenar conmigo, ¿no?

—Señora, sentiría molestar...

—Todo lo contrario. Me hará compañía. Ya le he dicho que le esperaba.

—Gracias... gracias...

—Vamos... Tráigame usted una brazada de leña.

—Con mucho gusto.

Corrió el joven a realizar aquella faena... Encendieron fuego. Rosalía preparó la cena... Y mientras se condimentaban los alimentos, la mu-

chacha cogió unos naipes e invitó a su nuevo amigo a jugar unas partidas.

Jugaron... para pasar el tiempo. Rosalía le contemplaba con profunda atención, cada vez más interesada por aquel chiquillo, sin que su alma de mujer pudiera discernir aún si lo que le atraía hacia él era un afecto fraternal, maternal o algo de mayor trascendencia.

De pronto, él alzó los ojos y dijo:

—¿Cómo supo usted que yo volvería?

—Porque conozco a los hombres—respondió con intención.

Al desvió su mirada fijándola en el cuervo que revoloteaba por la estancia como si quisiera hacer acto de presencia.

—¿Qué animal es ese?—preguntó.

Un cuervo...

—¿Ya es capricho! ¿Y dónde lo obtuvo usted?

Rosalía apretó los dientes y contempló al cuervo, que siempre era para ella el símbolo del hombre que ahora estaba encadenado... ¡Símbolo bien odioso, sin duda!

—Marsdon me lo regaló cuando nos unimos—dijo.

Él hizo un gesto de tristeza, de vencimiento, como si se dijera que no tenía derecho a olvidar al hombre que sufría en la cárcel.

Levantóse turbada y sirvió la cena.

Mientras comían, Al preguntó, instigado por la curiosidad:

—¿Es usted la señora de Marsdon?

—¡No!

—¿Tiene usted algún parentesco con él?

—¡No!

Pareció dilatarse el corazón de Al al impulso de una alegría inconsciente. ¿Por qué motivo se sentía tan feliz al considerar que aquella mujer era libre? Desconocía el ritmo que se operaba en su vida interior y únicamente presentía algunos de sus efectos.

—¿De dónde es usted?

—De todas partes.

Y miró hacia un rincón donde había un voluminoso mundo con etiquetas de numerosos hoteles de la tierra.

¡Ah! Aquel equipaje ya envejecido, compañero inseparable de su vida, hizo recordar instantáneamente a Rosalia el curso agitado de su existencia.

Desde su juventud se lanzó a la aventura, a la vida libre de las mujeres que odian la existencia familiar.

Mariposa de placer revoloteaba por los her-

mosos parajes de la Costa Azul, pareciéndole que se hallaba en sus dominios.

Iba acompañada de un italiano, su amigo desde hacía algún tiempo, un muchacho noble que todo lo había abandonado por seguirla a ella.

Se amaban con una pasión ardiente y consumidora de seres que sólo viven por el día de hoy.

Se habían instalado en Monte-Carlo y en el Casino jugaban todas las noches y perdían de modo continuo.

Primero fueron billetes de banco, luego joyas. En pocas semanas, la diosa Azar les sumió en la ruina.

Fué entonces cuando Rosalia conoció a Marsdon, un aventurero internacional, a quien la suerte favorecía ahora con uno de sus extraños caprichos.

A medida que ella y el italiano se sumían en la desesperación de la derrota, Marsdon iba ganando más y más y poseía ya todas las joyas que la hermosa mujer había tenido que apostar a la ruleta.

Sintió contra él un profundo odio que ocultó con pérfida intención, iluminada por una idea criminal.

Al mismo tiempo que ganaba, Marsdon, sentado junto a ella, la sonreía con perversa inten-

ción y la pisaba levemente el pie, indicándole que se había enamorado de sus gracias.

Rosalía meditó y sonrió a su vez a aquel hombre afortunado que iba a ser esclavo de su belleza.

Bien, se dejaría guisar por él una noche, y aprovecharía la oportunidad para robarle lo ganado. Después, ella huiría con el italiano, ese pobre muchacho que había quedado en la ruina.

Levantóse de la mesa, mientras su amigo seguía jugando sus últimos valores.

Marsdon, con todo disimulo y atraído por una sonrisa de ella, se levantó también.

Hablaron en una salita cercana y pronto quedaron convenidos con la facilidad de ciertas cosas...

Volvió Rosalía al lado del italiano advirtiéndole que se marchaba con unas amigas que la habían invitado a cenar en una residencia de las afueras, y él, preocupado por su mala suerte en la ruleta, no protestó y dejó que se marchara.

Y la aventurera dió su amor aquella noche a Marsdon a cambio de unos regalos de valor que éste le ofreció.

Pero ella no tenía bastante, necesitaba quitarte casi toda su fortuna.

Y fué al amanecer, mientras Marsdon dormi-

taba tranquilamente, cuando ella levantóse de modo furtivo y abrió la arquita en la que su amigo había puesto las joyas y los billetes.

Iba ya a salir con el valioso paquete, cuando se sintió atenazada por una mano vigorosa.

Era Marsdon, que había despertado y la sacudía brutalmente entre risotadas salvajes.

—¡Ah, ladrona! ¿Conque me querías robar?

Se burló de ella y la amenazó con entregarla inmediatamente a la policía. Un inmenso terror se apoderó de la joven ante la perspectiva de ir a la cárcel. Le imploró su perdón y él se lo otorgó a condición de que le siguiera para siempre.

—Ven conmigo... Serás mi compañera en todo y a mi lado nada te faltará... Si huyes, te denunciaré.

Quiso resistirse, pero la amenaza del presidio la contuvo. Y cedió. Y fué desde entonces la amiga oficial, inseparable, de Marsdon, hombre que le imponía un profundo miedo.

Al día siguiente y cuando ella se disponía a escribir una carta al italiano provocando la ruptura, recibió una carta de éste en la que se despedía de Rosalía, anunciándole su regreso a su país, pues "se había quedado sin un céntimo y

no quería que ella pasase miserias viviendo con él.

La aventurera sufrió un profundo desencanto al verse abandonada. Y ya en lo sucesivo no fue más que la amiga de Marsdon, recibiendo, por otra parte, de éste, toda clase de consideraciones y sintiéndose rodeada de un lujo espléndido.

El la dominaba, influía poderosamente en su vida... y la joven acabó por quererle a su modo, como una mansa bestezuela que no odia a su domador.

Recorrieron Europa... Pero Marsdon era hombre de extrañas combinaciones, muchas al margen de la ley, y un día tuvieron que embarcar para América, perseguidos por la justicia, pues él había cometido una estafa de importancia.

Fueron a Norteamérica y, sin recursos y deseosos de permanecer olvidados, se fueron a la región más avanzada del Norte, donde Marsdon logró un empleo de capataz de la presa.

Pero pronto demostró en sus relaciones con los superiores y con los obreros su alma innoble, sanguinaria, enredadora, envidiosa. A los jefes les contestaba mal y no atendía sus disposiciones; a los obreros los trataba duramente, brutalmente, y si hubiese podido habría hecho uso

del látigo. Últimamente, había recurrido a rebajarles los jornales, quedándose él con la diferencia y presentando a la dirección la lista íntegra del semanal, sin reducción de ningún género.

Rosalía sufría mucho en aquel ambiente, pero no podía escaparse de él y casi experimentaba la necesidad de aquel hombre brutal.

Pero, cierto día, el ingeniero revisó las notas del semanal, preguntó a los obreros y se dió cuenta de la defraudación de Marsdon.

Disputaron violentamente y el miserable Marsdon, echando mano a su pistola, descerrajó un tiro contra su jefe, matándole.

Estremeciéndose involuntariamente la pobre mujer al recuerdo de aquella hora trágica.

Volvió a contemplar al cuervo y tembló como si estuviera mirándola el propio Marsdon.

Prosiguieron cenando, contestando ella automáticamente a las preguntas del joven Al, cada vez más interesado en cuanto hacía referencia a Rosalía.

El fuego se había casi apagado. Al se levantó con el deseo de reanimarlo con nueva leña, pues hacía mucho frío.

Ella le contempló extrañada, gratamente sor-

prendida, como si hasta entonces no hubiera reparado en aquel detalle.

—Es usted mucho más alto de lo que yo suponía—exclamó.

Y había en estas palabras un interés de mujer que creyendo tratar con un chiquillo, ve de pronto a un hombre en plena energía varonil.

Al se echó a reír con su sonrisa franca, ingenua, de muchacho inocente que ve por primera vez la vida, y repuso:

—Tengo más de seis pies de estatura.

Pero apenas hubo terminado de reírse, satisfecho de su estatura. Al cruzó sus miradas con las de Rosalía y vió en las de ella una luz extraña que le intimidó, como nuncio de infinitas tristezas o inefables venturas.

¿Qué enigma encerraban aquellas miradas?

Apartó bruscamente sus ojos de los de la hermosa solitaria, y posándolos en el crepúsculo vespertino vió, como una visión repentinamente aparecida al conjuro de su invocación, el tren, su tren, el monstruo de hierro que a través de millas y más millas de bosque, lo conduciría a la ciudad, al proceloso mar de las pasiones.

—¡Mi tren!—exclamó.

E hizo ademán de coger sus cosas, para huir presto de aquella cabaña, hacia la estación.

Pero...

Rosalía lo había presentido: Al perdería el tren otra vez, y lo perdía, pues el muchacho lo vió cuando salía ya de la estación y no antes... porque antes estaba demasiado embebido escuchándola como si nada en el mundo le interesase tanto como su novela...

Al comprobó seguidamente lo ocurrido, o sea, que el tren se marchaba, y, con desaliento, murmuró:

—¡Se me ha ido también el de medianoche!

Y, apartándose de Rosalía, hacia un rincón, como si quisiera evitar su contacto, se libró a una lucha interna que equivalía a declararse desasosgado ante aquella mujer.

¿Qué atracción fatal ejercía en él?

¿Por qué su sangre moza hervía en sus venas con desesperante fuego?

¡Oh, sí! ¡Se marcharía! No podía permanecer un minuto más en la cabaña... solo con Rosalía... la tentación que azucataba, sin poderlo él remediar, su carne pecadora, que despertaba a la ley de la naturaleza con inusitado brío...

Rosalía levó en el fondo de Al, y, halagadora por la hoguera que había encendido en su pecho, envolvió en cálidas miradas, sintiendo por él, ingenuo muchachote, ternura de hermana, de

madre, de mujer. No; no era amor, se decía ella; sino ternura, que es más, que es gratitud, que es consuelo; porque no hay dicha comparable a la de sentir ternura por un ser que está a nuestro lado.

Para Rosalía, Al representaba la bondad, la calma espiritual, de que tanto necesitaba ella, y su compañía le era grata, casi indispensable.

Pero Al no pensaba como ella; no se limitaban sus ansias a mera comprensión de almas, sino a la realización de algo que ponía un peso enorme en su corazón, de algo que le abogaba...

¡Quería partir, y lo haría!

Rosalía vió su firmeza y, llena de ironía, como para estimular, hiriéndole, al muchacho, le preguntó:

—¿Tiene usted miedo?

Y él, todo a sus temores, no acertando a reaccionar, a parecer más hombre, repuso:

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—No sé...

—Yo, sí. Y me gusta ver que tiene miedo. Eso prueba que no sabe usted de mujeres.

—No... Nunca... Ha sido usted la primera...

—Y yo no sé nada de muchachos. Sólo he conocido hombres como Marsdon.

Y al decir esto, en particular el nombre de Marsdon, Rosalía observaba minuciosamente a Al para penetrar hasta sus más recónditos pensamientos.

Al, espoleada su vanidad varonil, que se centuplicaba ante y por una mujer, replicó con energía, rebelándose contra la superioridad que ella atribuía sobre él al preso, al criminal ausente, pero que quedaba representado en la cabaña por el repugnante pajarraco negro, que parecía espiar los menates movimientos de ambas, como si tuviera que transmitirse los luego al aventurero:

—Yo soy tan hombre como Marsdon!

Rosalía mostróse incrédula, pues Al no podía disimular su temor, su vacilación ante ella, no osando mirarla a los ojos, para que no descubriese su infantilidad en materia amorosa, y rumoreó:

—¿Cree usted?

Al recogió sus efectos y, alcanzando la puerta, un tanto molesto, despidióse de Rosalía:

—Me voy para no volver... Salgo en el próximo tren.

Rosalía no opuso el menor reparo a la marcha de Al; antes bien, quiso darle facilidades; y como la noche había cerrado y el camino hasta la estación era peligroso, encendió una linterna,

madre, de mujer. No; no era amor, se decía ella; sino ternura, que es más, que es gratitud, que es consuelo; porque no hay dicha comparable a la de sentir ternura por un ser que está a nuestro lado.

Para Rosalía, Al representaba la bondad, la calma espiritual, de que tanto necesitaba ella, y su compañía le era grata, casi indispensable.

Pero Al no pensaba como ella; no se limitaban sus ansias a mera comprensión de almas, sino a la realización de algo que ponía un peso enorme en su corazón, de algo que le ahogaba...

¡Quería partir, y lo hacía!

Rosalía vió su firmeza y, llena de ironía, como para estimular, hiriéndole, al muchacho, le preguntó:

—¿Tiene usted miedo?

Y él, todo a sus temores, no acertando a reaccionar, a parecer más hombre, repuso:

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—No sé...

—Yo, sí. Y me gusta ver que tiene miedo. Eso prueba que no sabe usted de mujeres.

—No... Nunca... Ha sido usted la primera...

—Y yo no sé nada de muchachos. Sólo he conocido hombres como Marsdon.

Y al decir esto, en particular el nombre de Marsdon, Rosalía observaba minuciosamente a Al para penetrar hasta sus más recónditos pensamientos.

Al, espoleada su vanidad varonil, que se centuplicaba ante y por una mujer, replicó con energía, rebelándose contra la superioridad que ella atribuía sobre él al preso, al criminal ausente, pero que quedaba representado en la cabaña por el repugnante pajaraco negro, que parecía espiar los menores movimientos de ambos, como si tuviera que transmitirlos luego al aventurero:

—¡Yo soy tan hombre como Marsdon!

Rosalía mostróse incrédula, pues Al no podía disimular su temor, su vacilación ante ella, no osando mirarla a los ojos, para que no descubriese su infantilidad en materia amorosa, y rumoreó:

—¿Cree usted?

Al recogió sus efectos y, alcanzando la puerta, un tanto molesto, despidióse de Rosalía:

—Me voy para no volver... Salgo en el próximo tren.

Rosalía no opuso el menor reparo a la marcha de Al; antes bien, quiso darle facilidades; y como la noche había cerrado y el camino hasta la estación era peligroso, encendió una linterna,

la que Marsdon utilizara en los trabajos nocturnos en la presa, y ofreciósele de esta suerte:

—Quizá la necesite usted... para encontrar el camino de regreso.

¿Qué quería decir Rosalía? ¿Se imaginaba que volvería, renunciando a su orgullo de hombre, para suplicarle albergue durante la noche? ¡No!

Aceptó la linterna y murmuró a la mujer:

—Adiós.

Ella, desde el quicio de la puerta, asegurándose que volvería—porque ella conocía a los hombres—, le despidió sonriente;

—Buenas noches.

Con paso lento, cual si le costase sobremanera resistir a la atracción que ejercía en él Rosalía, que seguía contemplándole desde la puerta de su cabaña, Al emprendió el camino de la estación, y, aunque se decía a cada momento que se volvería a decirle adiós repetidas veces, no lo hizo, temeroso de que las miradas de ella lo vencieran. ¡Y él era un hombre, no un chiquillo con el que se hace cuanto se quiere!

No sin haber tropezado aquí y allá varias veces, llegó Al a la estación. La cantina estaba cerrada. Toda estaba negro, como si la inmensidad fuese un túnel sin fin. El tren no pasaría

hasta el día siguiente y no iba a esperar el nuevo amanecer paseando por el teso andén como un alma en pena. Además, quería descansar, olvidar las emociones recibidas, cerrar los ojos a la visión de Rosalía, que le tentaba, le tentaba...

Buscó acomodo y hallólo en un banco adosado a uno de los lados de la cabaña de la cantina. Tumbóse en aquél cuan largo era y, bisiada la acostumbrada oración, durmióse profundamente.

¡Él era un hombre, no un niño! ¡Quería olvidar a Rosalía!

Este era su propósito; pero la soñó...

Por su lado, Rosalía, en su cabaña, sin otra compañía que el cuervo, el odioso representante de Marsdon, se dió a pensar en Al, esperando su regreso a cada momento... mas Al no volvía; y cuando ella vencida, cerró los ojos, una lágrima *pareció humedecerlos*.

¿Para quién era aquella perla de aquellos ojos divinos?

¿Para Marsdon, el ausente, el preso?

¿Para Al?

¿Por qué no para ella misma?



Amaneció el día más risueño que nunca. Al dormía aún cuando Sam, el corpulento sordo, que vivía con su anciana madre en la cantina de la estación, abrió la puerta corredera de aquella para arrojar al exterior el agua contenida en una jofaina y que servía para su *toilette* matinal.

Al cayó al suelo, apartado el banco por el impulso dado a la puerta por Sam, y éste, viéndole, ayudóle a incorporarse.

—¡Bonita despertar!—exclamó Al, frotándose los ojos, heridos de luz.

El sordo sonreía. Le era simpático aquel muchacho y lamentaba haberle despertado tan bruscamente. Con gestos le daba a entender que le pedía perdón, pues él no sabía que estuviese allí.

Al, sonriendo también, le preguntó:

—¿A qué hora pasa el primer tren para la ciudad?

El sordo tuvo que indicarle que lo era; y Al, recordándolo, repuso, por señas:

—¡Vaya! ¡Se me olvidaba que es usted sordo! Perdóneme usted ahora a mí.

La madre del hombrón saludó afectuosamente a Al y le preparó el desayuno, para que lo to-

mase con ella; y luego que lo hubieron hecho, la buena señora, que lamentaba lo ocurrido en la presa por el muerto, persona que gozaba de las mayores simpatías, y por la partida de los obreros con motivo de la momentánea suspensión de los trabajos, decisión ésta que arruinaba su negocio, dijo a Al, considerándole un excelente muchacho a carta cabal:

—Es una lástima que se vaya usted... No quedaremos aquí sino mi hijo, yo y la joven de la cabana de Marsdon.

Al palideció al oír este nombre, y recordando a Rosalía con embeleso, y también sus palabras, contestó:

—A propósito... Esa joven afirma que Marsdon no mató al ingeniero.

Y, aunque no lo añadió, con eso quería decir que, no habiéndole matado, Marsdon regresaría pronto al lado de Rosalía, lo cual le preocupaba más que si en realidad el amigo de ella era un criminal.

La madre de Sam negó la afirmación de Rosalía, que Al parecía hacer también suya, y manifestó al ingeniero, como lo declararía ante todos los jueces del mundo, si se dudase de la culpabilidad de Marsdon:

—Mi hijo lo vió con sus propios ojos.

Y el sordo, a una indicación de su madre, asuguró, llamándole los ojos de furor contra el asesino, al que odiaba por sus brutalidades con él y con muchos de los hombres a sus órdenes, que Marsdon había matado al ingeniero.

Sin saber explicarse concretamente la causa, Al celebró que Marsdon fuese culpable del crimen que se le imputaba. Ello equivalía, sí, a que no volviese más al lado de Rosalía... o, al menos, después de muchos, muchos años de entierro.

¿Qué haría, pues, sola durante tanto tiempo Rosalía?

Pero, ¿por qué se detenía a pensar en ella? Esa mujer conocía el mundo y sabía vivir por sí misma. ¡Bah! Que hiciese lo que su espíritu aventurero le dictase.

No obstante, no pudo desligarse por completo de su recuerdo, y, súbitamente, interrumpiendo la conversación con el sordo y la madre de éste, dijo a la buena señora:

—¿Tendrá con qué pasar el invierno?

—Nosotros le llevamos todas las provisiones.

—Pero, ¿tendrá ahora dinero?

Y, sin pensar en más que en proteger contra el invierno, muy crudo en aquellas regiones, de las que las primeras nieves no desaparecían hasta la primavera, a Rosalía, que, según le ha-

bía dicho a él, no se movería de la barraca de Marsdon, hizo preparar por los dueños de la cantina, saca de patatas, cajas de botes de conservas y frutas secas, entre otros varios alimentos.

—Pero, ¿le va usted a llevar todo eso a la mujer de Marsdon?—inquirió la buena señora.

—No es su mujer.

—Es lo mismo... o peor.

—Pero ella es buena.

—No tengo nada que decir contra ella sino que no es Marsdon el hombre que conviene a ninguna mujer.

—Yo hago esto por ella... ¡Está tan sola... y tan triste!

Y diciéndole su conciencia—su corazón—que obraba bien. Al cargarse en la espalda cuanto había adquirido para Rosalía, y animoso comprendió el regreso a la cabaña de Marsdon.

Rosalía hubiese visto defraudada en sus esperanzas de que Al volvería la noche anterior y se dijo que era realmente un niño, un ser insignificante, del que no valía la pena preocuparse. Su poder de fascinación fracasaba con él y resistíase a convencerse de ello; pues si ella hubiese querido...

Al confiaba causar una gran alegría a Rosa-

lia con el regalo de alimentos para el invierno, pero ocurrió todo lo contrario.

—¿Qué es eso?—preguntó ella, furiosa, al sentirse empujéñica ante la grandeza de Al y rechazando, loca de amargura, el pensamiento de que Al era admirable bajo todos los conceptos, pues su corazón estaba cerrado al amor y sólo Marsdon tenía derecho a dominarla.

—Pues... potaje de maíz... sopas... conservas...

—¿Y qué más?

—Pues... conservas... sopas... potaje de maíz...

—¡Eso ya lo dijo usted!

Al la miraba cohibido. Rosalia parecía una tigresa dispuesta a acometerle.

Dejándose llevar de la ira, en la lucha entre el bien y el mal que sostenía, Rosalia exclamó, al tiempo que daba feroces puntapiés a las provisiones:

—¡Es la primera vez que un hombre trata de comprarme un potaje!

—Pero... yo...

—¡Llévese usted todo eso de mi casa!... ¡Todo!

Al fué recogiendo las provisiones en silencio, mirando humildemente a Rosalia como repro-

chándole el tratarle de aquel modo; mas al ver la cólera con que ella le ordenaba con nuevos gritos y nuevos puntapiés a cuanto había aún en el suelo, que se lo llevase todo, saltó también



—¡Llévese usted todo eso de mi casa!

su indignación y con energía de la que ella no le hubiera creído nunca capaz, apoderóse de todo, salió de la cabaña y acercándose al río lo arrojó a sus aguas.

Entonces, como de milagro, se operó un cambio en Rosalia. ¿Por qué tiraba las provisiones

al río? ¿No las había adquirido para ella? Y Al, desconcertado, oyó esta orden:

—¡Saque eso del río! ¡Sáquelo en seguida!

—¡No! ¿Para qué las quiero? ¿Que se pudran ahí!

—¡Si no saca usted esas provisiones del río, las sacaré yo!—añadió, más decidida aún, Rosalía, y avanzando resueltamente hacia el agua, hundiendo sus pies en la orilla.

Al corrió a apartarla de allí, y, apoderándose de ella, como si fuese una pluma, la depositó, luego de haberla sostenido amorosamente en sus brazos, a distancia del agua, y sacó en un santiamén las provisiones del río.

—Vuelva a llevar todo eso a mi casa—le dijo ella, exigente, pero sin ira, sino con imperioso deseo de ser obedecida.

Y mientras Al se disponía a complacerla, murmuró:

—No la comprendo a usted.

No; no comprendía Al que Rosalía luchaba entre creer que él era para ella el amor que redime y el recuerdo de que ella se debía a Marsdon, a su vida de incertidumbres y no de paz paradisíaca al lado de un hombre puro.

Rosalía, sobreponiéndose a sí misma, llegó por un momento a echar al olvido a Marsdon, y pre-

sentóse ante Al, en la cabaña, envuelto su divino cuerpo en una bata de seda con bellas flores bordadas en la parte de adelante.

Estaba hermosísima vestida como en sus tiempos de fascinadora de afortunados, y miraba a Al, cabalgando una pierna sobre la otra, con irresistible tentación.

Era cruel. En aquel juego martirizaba a Al, quien, a pesar de *sentir*, no se atrevía a romper con su timidez propia de su alma casta...

Y el chiquillo volvió a surgir en él, ofreciendo a Rosalía caramelos comprados en la cantina de la estación.

Por una parte, ella se complacía en ver la respetuosa actitud de Al, que la afirmaba en la pureza de los sentimientos del joven, aunque eso le hacía cierto daño, comparándose y hallándose tan distinta a él; y por otra parte, en esa lucha aniquiladora entre el espíritu y la materia, burlábase para sus adentros, como mujer cínica, de la puerilidad de aquel muchachote, que parecía de hierro.

De súbito, Al dijo, considerando cumplido ya su deber:

—No puedo dejar pasar el otro tren... Es el último que habrá este año.

Pero, al decir aquello, comprobaba al propio

tiempo si el fuego estaba bien alimentado, y comentó:

—La leñera está vacía.



En aquel juego martirizaba a Al...

—Déjela usted... si se va...

—Tendré tiempo de partirle alguna leña... si usted quiere.

Rosalía echóse a reír provocativamente y,

más provocativa aún, respondió, perennemente entre *querer y dejar*:

—No creo que tenga usted fuerzas para partir leña suficiente para calentar a nadie.

—¿Sí? ¡Pues anda usted muy equivocada! ¡Ahora verá!

Y Al, animoso, con el afán de deslumbrar con su fuerza y su resistencia a aquella mujer, partió troncos y más troncos de árbol, acumulando leña en el patio de la barraca para todo el invierno y para dos inviernos también.

Y Rosalía no dijo nada. Esperaba... Esperaba...

Y lo que esperaba, queriéndolo y no queriéndolo, fué lo que obtuvo: que Al no viese pasar el tren.

Al no pudo partir hacia la ciudad, por haber perdido el último tren; y quedóse en el lugar de la presa, cultivando la amistad de Rosalía, quien, ahora, sin el peligro de que el muchacho se fuese, no se mostraba tan tentadora con él como antes, sino, cambiando radicalmente, más cariñosa, más recatada, con ese deseo de ser grata, como si se librara a un examen metódico de aquel muchachote franco, robusto y riante.

Seguía siendo para ella una criatura, un ser que no debe andar suelto por el mundo, porque está expuesto, con su inexperiencia, a los mayores desencantos; pero, así y todo, reconocía que cualquier mujer podía interesarse por él, por su gallardía y su ingenuidad, que parecía paradoja que estuviesen tan perfectamente hermanadas.

Una sombra se oponía a la completa tranquilidad de Rosalía, e inútil decir que era el cuervo agorero, el palarraco evocador del preso, que había sido condenado a larga condena.

El pasado no podía morir para Rosalía, y era negro, espantoso para ofrecérselo a Al llevándole al camino que conducía a confiar con fe su corazón a la aventurera.

Hasta aquí nada le había dicho con palabras Al a Rosalía, ni ella le dió ocasión para que se confesase a ella. No. Pero a la hermosa no le cabía duda que el amor, el primer chispazo de la vida que la hace divina, había hecho presa en el muchacho, llenándole de las más risueñas esperanzas.

Al vivió en su barca algún tiempo, y visitaba a Rosalía todos los días, comiendo casi siempre juntos, prestándose él a todos los trabajos de la cabaña.

Pero, paulatinamente, Rosalía apartó a Al

de ciertos menesteres caseros, irguiéndose ella en lo que era, mujer, y los días sucedíanse para ambos con suavidad de cariño fraterno, bajo el cual se dilataba la esperanza de la realidad de un amor pasional, de hombre y mujer atraídos por el irrefrenable anhelo de la vida en compañía, con la mágica unión, regalo de Dios, de cuerpo y almas.

Durante algunos días, en pleno invierno, Al trasladóse a sus montañas, con el noble afán, a pesar de que le amargaba el pensamiento de alejarse de Rosalía, de ayudar a aprovisionarse durante la cruda estación de los hielos a su viejo amigo el leñador, aquel que le diera siempre buenos consejos y le alentó, al botar su barca propia, a saber ser fuerte en su lucha con la vida.

Y tan pronto hubo cumplido su generosa misión, regresó, más alegre que nunca, al valle, al caserio de la presa, alborozado al pensar que iba a volver a ver, oír y sentir a su lado a Rosalía, cuyo recuerdo no se había borrado un solo instante de su mente.

¿Qué hizo ella, en tanto?

Vivía sola, muy sola, en la barraca, y como él en ella, pensó en Al, encontrándole cada vez más atractivo, más digno de una felicidad como ella

nunca había conocido y que quisiera brindarle con toda su alma.

Llegó a confesarse, en sus soliloquios de arrepentida, de mujer que busca el amor en el amor, que, apenas le viese, le rodearía el cuello con sus brazos, limpios y perfumados para él sólo, y le gritaría toda la pasión, todo el deseo de ventura que había soñado a su lado. Y él, que la amaba más que a sí mismo, le juraría eterna fidelidad, adorándola siempre como a una imagen celestial, que eso era ella para él, y eso quería ser Rosalía para Al pues toda alma atormentada lleva en sí el germen de la santidad.

Más, súbitamente, se detenía en sus reflexiones, y rechazaba, horrorizada, aquella idea, recordando a Marsdon, cuya sombra siniestra veía a todas horas.

¡No! Ella no podía hacer caso a Al... porque Marsdon volvería, y, entonces... Estremeciase, empavorecida, al suponer que el preso tornaría a reclamar sus derechos sobre ella... y no quería destrozar la vida del noble muchacho.

El regreso de Al la encontró en desfavorable estado de ánimo, cogida en la espesa red de la influencia nefasta del presidario.

Sin embargo, la presencia del ingenuo disipó las tinieblas en que se debatía su espíritu, y, no

viendo en aquellos momentos sino a él, Al, le dijo, después que él, sonriendo de todo corazón, le contó lo que había hecho en la montaña durante su ausencia:

—Le he echado mucho de menos. He estado muy sola.

A lo cual repuso él:

—Esta noche nos desquitaremos. Nos vamos a divertir en grande.

Un velo de tristeza cubrió el radiante rostro de Rosalía. Al lo advirtió, y, contemplando al pajarraco, preguntó a la mujer:

—¿Está usted pensando aún en Marsdon?

En el monte, de cara a la inmensidad, Al había impetrado al cielo la merced de aliviar a Rosalía del lastre de Marsdon, y, obsesionado por este deseo, pensaba, a su regreso, ver operado en la amada, el cambio favorable a sus anhelos.

Pero bien veía que Marsdon podía en ella más que todo, y, lo que era más triste, no por amor, precisamente...

Rosalía envolvió a Al en sus más cariciosas miradas, y reaccionando en un acopio de valor, defendiendo su más cara ilusión de mujer que ha vivido mucho, exclamó, trocando su tristeza por la más sincera alegría:

—Quiero olvidar a ese hombre, Al. No quie-

ro pensar sino en ti, a mi lado... siempre a mi lado...

—¡Rosalia!

—¡Al! ¿Qué feliz soy! ¿Nunca he sentido latir así mi corazón!

—¿El mío también late precipitadamente!

—El mío late con más fuerza que el tuyo... ¡Escucha!

Pero en aquel instante el cuervo revoloteó alrededor de ellos, como si transmitiese una protesta del ausente, y, inyectados en sangre sus ojos, Rosalia clamó, yendo hacia el pajarraco:

—¡No puedo tolerarlo por más tiempo! ¿Hace mucho que deseo matarlo!

Al le cortó el paso.

—Déjalo! Nuestro amor ha de saber desafiar el peligro. ¿Qué podrá ese pájaro, qué podrá Marsdon y qué podrá nadie contra nosotros, si nos queremos?

Al tenía razón. Hablaba como un hombre, de acuerdo con su conciencia. Se ama o no se ama. El temor que aun quedaba en Rosalia era prueba irrefutable de que Marsdon mandaba todavía en ella. Siendo así, no podía amar a Al; era falso que le quisiera. Al no podría aceptarla sino con la condición de que sólo fuese para él.

Al habíase apoderado de Rosalia y apretaba

sus muñecas, para que soltase el arma blanca que esgrimía en una de ellas para dar muerte al pajarraco.

—¡Me lastimas! ¡Suéltame!—gemía ella, pugnando por desasirse de las esposas que formaban las manos de Al en sus muñecas.

—¡No desvaríes, Rosalia! ¡Atiende a la razón!

Violentemente, Rosalia apartó a Al y el cuchillo vino a rasgar la carne del noble pecho del muchacho.

—¡Oh!—asustóse ella, viendo manar sangre de la herida—. ¡Podía haberte matado!

Al la miró con adoración, como cuando se ama de verdad, y murmuró:

—Esto no me duele, Rosalia... Pero algo en mi interior me tortura.

—¡Vete! ¡No debes volver a verme! ¡Estoy maldita, Al!

—Rosalia! ¿No digas eso!

—¡Vete!... ¡Vete!... ¡No puede ser!... ¡Vete!

Y lo arrojó de la cabaña, como enloquecida. Era, en verdad, la suya, la locura de la impotencia por librarse del pasado.

La fiebre de la venganza se apoderó de Al. Trasládose a la barca, que yacía en el río beldado como una cosa muerta, y apoderándose de

un hacha, dió rienda suelta, cerca de la barraca de Rosalia, a su furor, derribando árboles y repitiendo, como si lo cercenase también a hachazos, el odioso nombre de Marsdon.



Violentemente, Rosalia...

Y así durante toda la noche, bajo una persistente lluvia de nieve, jadeante y sudoroso, llamando en su ayuda a la muerte.

Mientras en la barraca, junto al fuego de la

chimenea, Rosalia sufría la torturante pesadilla de imaginarse el regreso de Marsdon, el criminal.



...derribando árboles...

Al día siguiente, Sam, el sordomudo, encontró, yerto, sin vestigio de vida en el semblante, a Al, sobre la nieve, que formaba sudario en torno suyo.

Apresuradamente, le prestó los primeros auxilios, pero viendo que el muchacho no reaccio-

naba, cargóselo sobre sus fornidas espaldas y lo condujo a la barraca de Rosalia, la única vivienda habitada en aquel lugar a la sazón. El rudo hambrrón lo ignoraba todo y no vacilaba en ir a pedir amaparo para el aterido Al.



...creyó que estaba muerto.

Al verle llegar de aquella suerte, Rosalia, levantándose presto de su lecho de cojines, arrodillóse junto al que la estaba prohibido amar y al que amaba de un modo avasallador y por un instante creyó que estaba muerto.

El soco lo apartó de Al, indicándole que convenia obrar de prisa para salvarle la vida, y le mandó a buscar nieve fuera, para friccionar el rostro y el cuerpo del desvanecido muchacho.

Pero nada lograba devolver el ritmo al corazón del infeliz enamorado. Su muerte era inminente.

Y fué en aquellos momentos de terrible angustia cuando Rosalia, cerrando valerosamente los ojos al pasado y mirando de frente al porvenir, gimió, confiándose a Dios, con la promesa de rehacer su vida:

—¡Por piedad, Señor, no me lo quites!

Y lentamente, como despertando de un sueño, *el mismo sueño que a Rosalia habla despertado a la verdad*, Al abrió los ojos y hallóse en los brazos de su amada.

¡El pacto de amor estaba sellado!

Llegó la primavera.

Rosalia y Al disponíanse a bajar juntos al mar en la barca, y acicalábase la hermosa en su barraca—pues aquel sería el viaje de su boda con el amor—cuando la tétrica sombra del pasado se hizo realidad.

¡Marsdon estaba allí!

Era él, sí; pero en su rostro había la huella de los sufrimientos padecidos y el siniestro mirar del hombre rencoroso, de alma ciega a la menor nobleza.

Aterrada, Rosalía exclamó:

—¡Marsdon! ¿Eres tú?

Y el preso, acercándosele, gruñó, mirando fíamente a su alrededor:

—¡Escapé de la cárcel y no me atraparán vivo!

De pronto, fijándose en el bello vestido blanco de Rosalía, símbolo del baño de pureza que iba a recibir uniendo su alma a la de Al, preguntóle:

—¿Para qué te has puesto tan elegante?

Rosalía no se intimidó. Estaba resuelta a redimirse y Marsdon no la intimidaba ya.

—Me voy de aquí—repuso con firmeza.

—Sí... Claro... Conmigo.

—¡No! Con otro. Con un hombre que me ama de verdad.

El presidiario agarró las muñecas de Rosalía, con ansias de castigo, pero en aquel momento Al entró en la barraca y, decidido a jugarle la vida por ella, posó una mano en el hombro

de Marsdon y le dijo, apartándole de su lado:

—¡Déjala! ¡Es libre y yo la defiendo!

Los instintos criminales de Marsdon se desataron, y en una lucha terrible los dos hombres



—¡Déjala! ¡Es libre y yo la defiendo!

rodaron por el suelo y Al quedó tendido, mal herido.

Alocada, Rosalía huyó, dispuesta a matarse antes que caer en manos del abyecto Marsdon, que la perseguía encarnizadamente; y, cuando todo parecía perdido, una mano providencial pro-

tegió a la bondad... una mano ruda que se tiñó en sangre... la mano de Sam.

Y mientras en el fondo del abismo el cuerpo maldito de Marsdon se pudría en la inmensa



...la perseguía encarnizadamente.

soledad del desprecio, Rosalía abrazada a Al, le decía, amándole con toda su alma:

—¡Eres un hombre, amor mío!

Y siguieron río abajo, juntos, muy unidos, hacia el mar...

FIN

Formidable éxito

DE

La Novela de la Modistilla

Publicación semanal
de asuntos sentimentales.

Números publicados:

(Y supo defender su amor!)
por T. M. Bistagne y A. Bayón

El despertador
por José Reygadas

La Reina de las Modistillas
por M. de Albo

El amor que no engaña
por Francisco-María Bistagne

La modistilla madrileña
por Abel Molins

¡Adós, juventud! (El primer amor)
por Francisco-María Bistagne

Esta semana:

La modistilla catalana
por José Reygadas



Precio: 30 cts.

EN BREVE

en las selectas

Ediciones Especiales de La No-
vela Semanal Cinematográfica

EL DESPERTAR

por VILMA BANKY

No se olvide de

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.



EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbadá, 16; Madrid: Caños, 1

E. B.

